

le costaba cara, jamás tenía un céntimo y se desolaba con sus escaseces.

« Me falta dar con la clave », pensaba al ver algunos camaradas de reporterismo con los bolsillos llenos de oro, y nunca llegaba á explicarse qué medios secretos podían emplear para procurarse aquella vida holgada.

Movido de la envidia, sospechaba procedimientos desconocidos y poco licitos, servicios de cierta índole, todo un contrabando aceptado y consentido. Pues bien, era preciso penetrar en el misterio, entrar en la asociación tácita, imponerse á sus camaradas que venían repartiéndose el negocio sin contar con él.

Y muchas noches, mirando desde su ventana pasar los trenes, meditaba sobre los procedimientos que debería emplear para conseguirlo.



V

Habían transcurrido dos meses; el mes de septiembre iba á comenzar ya, y la rápida fortuna que Duroy se había prometido le parecía bastante reacia en llegar. Sobre todo se inquietaba de su situación moral mediocre y no veía el camino por donde podría escalar las posiciones en que se encuentran la consideración social, la influencia y el dinero.

Se consideraba encerrado en aquel oficio mediocre de repórter y como metido dentro de cuatro paredes, sin posibilidad de salir de allí. Se le apreciaba pero se le estimaba según su rango. El mismo Forestier, y eso que le prestaba mil servicios, no le invitaba ya á comer, le trataba como á un inferior por más que le tutease como amigo.

Es cierto que de tiempo en tiempo y utilizando una ocasión á propósito, Duroy lograba colocar un trozo de artículo. Y como con sus ecos había llegado á conseguir una elegancia de frase y un tacto de que carecía cuando escribió su segunda crónica sobre Argelia, ahora no corría ningún riesgo de ver rechazadas sus « actualidades ». Pero de esto á redactar crónicas dejando correr á la fantasía, ó juzgar con criterio propio las cuestiones políticas, había tanta distancia como de guiar en las avenidas del Bosque como cochero á guiar como dueño. Lo que más le humillaba sobre todo era encontrarse cerradas las puertas del mundo elegante, no tener relaciones á las que tratar como igual, no entrar en la intimidad de las mujeres, siquiera algunas actrices conocidas le hubiesen acogido alguna vez con familiaridad insinuante.

Por lo demás sabía por experiencia que despertaba en las mujeres, fuesen mundanas ó comediantas, una simpatía instantánea y singular, pero con impaciencia de caballo maneado sentía no dar con aquella que debía influir en su porvenir.

Muchas veces había pensado en hacer una visita á M^{me} Forestier, pero el recuerdo de su último encuentro le detenía, le humillaba y por otra parte él esperaba ser llevado allí por el marido. La idea le ocurrió entonces de visitar á M^{me} de Marelle y, acordándose de

que ella misma le había rogado que fuese á verla, una tarde que no tenía nada que hacer, se presentó en su casa.

« Hasta las tres, le había dicho ella, estoy siempre en mi casa. »

Á las dos y media llamaba á su puerta.

La señora de Marelle habitaba un cuarto piso de la calle de Verneuil. Apenas el timbre sonó, abrió la puerta una joven sirvienta, despeinada en aquel momento, y mientras se ataba la cofia, respondió á Duroy :

— La señora está en casa pero no sé si estará levantada.

La doméstica empujó la puerta del salón que no estaba cerrada y Duroy entró en una pieza bastante grande, amueblada escasamente y de aspecto descuidado. Las butacas deslucidas y viejas estaban alineadas á lo largo de las paredes según el gusto de la criada, pues en nada se adivinaba allí ese esmero elegante de una mujer que ama el interior de su casa. Cuatro cuadros insignificantes que representaban el uno una barca sobre un río, y los demás respectivamente un navío en el mar, un molino en la llanura y un leñador en un bosque, colgaban de las cuatro paredes de la estancia y pendientes de cordones desiguales ; los cuatro estaban enganchados al través. Adivinábase que aquellos cuadros estaban desde hacía mucho tiempo colgados de aquella manera bajo la mirada descuidada de una persona indiferente.

Duroy se sentó y esperó bastante tiempo. Al fin se abrió una puerta y apareció M^{me} de Marelle que entraba corriendo vestida con un peinador japonés de seda color de rosa, en el cual había bordados en oro algunos paisajes, flores azules y pájaros blancos.

— Figúrese Vd., exclamó al verle, que todavía estaba acostada. ¡Qué amable es Vd. viniendo á visitarme! Había llegado á creer que me tenía Vd. olvidada.

La señora le tendió sus dos manos como encantada de la visita, y Duroy, á quien el aspecto mediocre de la casa le daba alientos, tomó las dos manos y besó una, tal como había visto hacer á Norberto de Varenne.

Ella le rogó que se sentara, y mirándole después de los pies á la cabeza :

— ¡Cómo ha cambiado Vd.! le dijo. Ha ganado Vd. mucho y se ve que París le prueba bien. Vamos, cuénteme Vd. lo que haya.

Ambos se pusieron á charlar en seguida como si se conociesen de mucho tiempo, sintiendo mutuamente nacer en ellos una familiaridad instantánea y establecerse una de esas corrientes de confianza, de intimidad y de cariño que hacen amigos en cinco minutos á dos seres del mismo carácter y de la misma raza.

La joven se interrumpió de pronto y dijo extrañándose :

— Es original cómo hablo con Vd. Me parece que le conozco desde hace diez años. Llegaremos á ser, sin duda, dos buenos camaradas ¿quiere usted ?

— Eso no hay que decirlo, respondió Duroy con una sonrisa que significaba algo más.

La encontraba tentadora completamente, envuelta en su peinador brillante y suave, algo menos fina que la otra en su peinador blanco, menos gata, menos delicada pero más excitante, con más pimienta.

Cuando sentía cerca de sí á M^{me} Forestier con su inmóvil y graciosa sonrisa que atraía y detenía á un mismo tiempo, que parecía decir : « Usted me gusta » y también « Mucho cuidado », una sonrisa cuyo verdader

sentido no se comprendía jamás, experimentaba más bien el deseo de arrojarse á sus pies ó de besar el fino encaje de su corpiño y de aspirar lentamente el aire cálido y perfumado que debía salir de allí, deslizándose por entre los senos.

Junto á M^{me} de Marelle la sensación era otra, el deseo que sentía era más brutal, más preciso, un deseo que palpitaba en sus manos ante los contornos levantados de la ligera seda.

Ella era la que hablaba siempre salpicando cada frase con aquel *esprit* fácil que le era familiar y con la misma habilidad que un obrero diestro da con el detalle que falta para terminar un trabajo tenido por difícil, causando extrañeza en los que lo presencian.

Él la escuchaba atentamente : « Qué interesante es todo esto que dice, pensaba. Podrían escribirse crónicas parisienses encantadoras haciéndola charlar sobre los sucesos del día. »

Pero en aquel momento tocaron suavemente, muy suavemente á la puerta por donde antes había entrado la señora.

— Puedes entrar, monina, dijo M^{me} de Marelle.

La niña apareció entonces, se fué derecha á Duroy y le tendió la mano.

La madre se manifestó sorprendida y murmuró : « Pero es una verdadera conquista, yo la desconozco. »

El joven besó á la niña, la hizo sentarse á su lado y con tono serio le hizo preguntas amables sobre lo que había hecho desde que no se veían. Con su vocecita de flauta y sus maneras de persona mayor, la niña respondió á todas las preguntas.

En el reloj de la chimenea sonaron las tres y el periodista se levantó.

— Venga Vd. á verme con frecuencia, dijo M^{me} de Marelle, y charlaremos como hoy. Será para mí siempre muy agradable. Pero ¿cómo es que no se le ha visto más en casa de los Forestier?

— ¡Oh! Es que he tenido mucho que hacer. Espero que nos encontraremos allí cualquiera de estos días.

Duroy salió de la casa con el corazón lleno de esperanza sin saber porqué.

No dijo una palabra de esta visita á Forestier, pero conservó de ella el recuerdo, y más que recuerdo una especie de sensación de la presencia sólo imaginaria pero persistente de aquella mujer.

Parecía que formaba parte de él algo que pertenecía á ella; hábale quedado en la retina la imagen de su cuerpo y en el corazón el sabor de su ser moral; y tal como sucede alguna vez cuando se han pasado horas deliciosas cerca de una persona querida, Duroy continuaba bajo la obsesión de aquella imagen. Diríase que en casos semejantes se sufre una posesión extraña, íntima y confusa que perturba, exquisita por lo mismo que es misteriosa.

Pasados algunos días hizo una segunda visita.

La criada le introdujo en el salón é inmediatamente se presentó Laurina. Esta vez no le tendió la mano sino que le presentó la frente diciéndole:

— Mamá me ha encargado rogar á Vd. que la espere. Tiene todavía para un cuarto de hora porque no está vestida. Yo le haré compañía.

Duroy, á quien divertían realmente las maneras ceremoniosas de la niña, respondió:

— Perfectamente, señorita; me produce verdadero encanto pasar un cuarto de hora en compañía de Vd., pero la prevengo que yo no soy serio ni mucho menos

y todo el día me lo paso jugando. Por consiguiente, me permitirá Vd. que le proponga una partida al « gato, que te cojo ».

La chiquilla se mostró sorprendida al principio, luego sonrió como lo habría hecho una mujer de aquella idea que la chocaba un poco y objetó:

— Las casas no se han hecho para jugar.

— Me importa poco eso, respondió Duroy. Yo juego lo mismo, dondequiera que me encuentre. Vamos, á ver si me coge Vd.

Y se puso á dar vueltas alrededor de la mesa excitándola á que le persiguiera, en tanto que ella venía tras él, sonriendo siempre con una especie de condescendencia amable y extendiendo alguna vez la mano para tocarle, pero sin llegar nunca á correr.

Él se paraba, se bajaba y, así que ella se iba acercando con su pasito vacilante, saltaba en el aire lo mismo que los diablillos encerrados en cajas y luego de un brinco por encima de la mesa se iba al otro lado del salón. La niña encontró aquello original, concluyendo por reír, y animándose comenzaba á correr tras él, con ligeros gritos alegres y tímidos cuando creía que ya le tenía cogido. Duroy echaba mano de las sillas oponiéndoselas como obstáculo y obligándola á dar vueltas al rededor, durante un minuto, concluyendo por dejar aquella silla y tomar otra.

Laurina corría ya, se abandonaba completamente al placer de aquel nuevo juego y toda encarnada y con arranques de alegría infantil se precipitaba sobre Duroy á cada huída, á cada movimiento, á cada artimaña empleada por él.

Bruscamente y cuando ella se imaginaba ya tenerle

cogido, él la tomó en sus brazos y elevándola hasta el techo gritó:

— ¡Gato cogido!

La niña agitaba encantada las piernas para escapar y reía que no podía más.

En aquel momento entró la señora de Marelle.

— ¡Cómo! exclamó estupefacta. ¿Laurina... Laurina jugando? Usted es un brujo, señor mío.

Duroy dejó á la niña en el suelo, besó la mano de la mamá y se sentaron los tres, la niña en medio. Quisieron hablar el joven y la mamá pero Laurina, que de ordinario era tan callada, hablaba ahora todo el tiempo, rebotando de alegría, y fué necesario enviarla á su habitación.

La niña obedeció sin responder pero con lágrimas en los ojos.

Una vez que estuvieron solos, dijo la señora de Marelle bajando la voz:

— ¿Usted sabe? Tengo un gran proyecto y he pensado en Vd. Puesto que como todas las semanas con los Forestier, les devuelvo su atención de tiempo en tiempo invitándoles á comer en un restaurant. No me gusta recibir en casa, no la tengo organizada para eso, y por otra parte no me hable Vd. de ocuparme de las cosas de la casa, ni de intervenir en la cocina, en nada absolutamente. Me agrada más vivir un poco á mis anchas. Por eso los recibo de tiempo en tiempo en el restaurant, pero la cosa no resulta divertida cuando somos los tres solos, y mis relaciones apenas si conocen á los Forestier. Le digo esto para explicarle una invitación un tanto irregular. Mi deseo, como Vd. ha comprendido seguramente, es que sea Vd. de nuestros sábados en el café Riche, á las siete y media. Conoce Vd. la casa, ¿no es verdad?

Duroy se consideró dichoso de la invitación y aceptó — Solamente seremos los cuatro, continuó ella Como ve Vd., una verdadera partida de amigos. Á la mujeres nos divierten mucho estas pequeñas fiestas por lo mismo que no estamos habituadas.

M^{me} de Marelle estaba vestida con un traje color marrón oscuro que moldeaba el talle, las caderas y la garganta de una manera coquetona y provocativa. Duroy experimentaba una extrañeza vaga y confusa, una sensación de molestia casi, por más que no pudiese claramente explicarse la causa, al reparar en el desacuerdo de aquella elegancia esmerada que tocaba en el refinamiento y la visible despreocupación que presidía á lo demás de la casa.

Todo lo que vestía su cuerpo, todo lo que íntima y directamente tocaba su carne era fino y delicado; lo demás que la rodeaba no tenía para ella la menor importancia.

Lo mismo que la otra vez, Duroy conservó de su entrevista con M^{me} de Marelle, la sensación persistente y continua de su presencia, merced á una especie de alucinación de los sentidos, y con impaciencia, que se hacía mayor á medida que más cercano se presentaba el momento de volverla á ver, esperó el día de la comida.

Como sus medios no le consentían todavía comprarse un traje de etiqueta, por segunda vez alquiló un frac negro, y algunos minutos antes de la hora se presentó en el lugar de la cita.

Se le hizo subir al segundo piso y se le introdujo en un saloncillo de restaurant, tapizado de rojo y con un solo balcón que daba sobre el bulevar.

Una mesa cuadrada y servida para cuatro cubiertos

ostentaba su mantel blanco y reluciente, tan reluciente que parecía barnizado.

Los vasos, el escalfador y la plata toda del servicio brillaban alegremente bajo la llama de doce bujías sostenidas por dos grandes candelabros, y el efecto que venía de la parte del balcón, la gran mancha de verde claro que producían las hojas de uno de los árboles, iluminadas por la luz viva y brillante de los gabinetes particulares, completaba el cuadro encantador de la pequeña estancia.

Duroy se sentó en un canapé muy bajo, de color encarnado como lo eran las colgaduras del gabinete, y con los muelles tan flojos y fatigados que al hundirse en él experimentó la misma sensación que si cayera en un hoyo. En toda la extensa zona comprendida por el establecimiento percibíase un rumor confuso, ese zumbido característico de los grandes restaurants producido por el chocar de la vajilla y de la plata y por el paso rápido de los camareros, mitigado con la alfombra de los pasillos. Cada vez que las puertas de los estrechos gabinetes permanecían un instante abiertas, percibíase igualmente el murmullo producido por las conversaciones de la gente allí reunida y encerrada para comer.

Forestier entró y estrechó á Duroy la mano con una familiaridad cordial que jamás empleaba en la redacción de *La Vida Francesa*.

— Las dos señoras vienen juntas, dijo. Ya verás qué agradables son estas comidas.

Miró después la mesa, hizo apagar uno de los mecheros de gas que ardía como si fuese una lamparilla, cerró una de las hojas del balcón para sustraerse á la corriente de aire y eligió su sitio mientras decía :

— Es necesario que ponga en esto gran cuidado;

hacía ya un mes que me encontraba mejor y heme aquí otra vez fastidiado desde hace unos días. Sin duda es que he cogido frío el martes al salir del teatro.



Abrióse la puerta y aparecieron, precediendo á uno de los mayordomos del restaurant, las dos señoras,

cubiertas con velos, disimuladas, discretas, con el aire de misterio encantador que toman siempre las mujeres en los sitios donde cualquier encuentro, la simple aproximación resultan sospechosos.

Al saludar Duroy á Madama Forestier, ésta le regañó severamente por no haber vuelto más á visitarla, y, volviéndose luego con una sonrisa hacia su amiga, añadió :

— Eso es, usted prefiere ver á M^{me} de Marelle, para ella sí que tiene Vd. tiempo.

Ya sentados todos y al ver que el mayordomo pre-

sentaba á Forestier la lista de los vinos, Mme de Marelle se apresuró á decir :

— Á estos señores sirva Vd. la clase de vino que quieran, pero á nosotras dénos champagne helado del mejor, esto es, un champagne suave, ningún otro vino.

Y así que el hombre hubo salido, dijo con risa que retrataba un estado de excitación particular :

— Esta noche quiero alegrarme; vamos á divertirnos pero á divertirnos de veras.

Forestier que parecía no haberlo entendido preguntó :

— ¿ Á ustedes no les importa que se cierre el balcón? Porque tengo el pecho delicado desde hace unos días.

— No, puede usted cerrarle.

Forestier se levantó para cerrar la hoja que había quedado entreabierta y volvió luego á sentarse, ya con semblante más tranquilo y sereno.

Su esposa no decía una sola palabra; con los ojos fijos hacia la mesa estaba como abstraída y sonreía á los vasos con la eterna y vaga sonrisa que parecía prometer siempre para no cumplir nunca.

Se sirvió á los comensales ostras de Ostende gordas y magníficas, unas ostras que parecían orejitas encerradas en conchas y que al posarse entre el paladar y la lengua se deshacían lo mismo que bombones.

Después de la sopa fué presentada una trucha rosada como el cutis de una solterita, y á partir de aquel momento la conversación comenzó franca y animada.

Primeramente se habló del chisme del día : una señora de la buena sociedad había sido sorprendida por un amigo de su esposo en ocasión en que acompañada de un príncipe extranjero cenaba en gabinete particular.

Forestier reía mucho con motivo de la aventura, y las dos señoras afirmaban que el hablador indiscreto que había comprometido á la señora, no dejaba de ser un granuja y un cobarde. Duroy fué de esta opinión y proclamó abiertamente que todo hombre está obligado en casos semejantes, lo mismo si es actor que si es confidente ó testigo, á guardar silencio sepulcral, y agregó :

— La vida estaría llena de cosas encantadoras si los unos pudiéramos contar con la discreción de los otros. Lo que detiene con frecuencia, con mucha frecuencia, por no decir casi siempre, á las mujeres es el miedo á que el secreto se descubra. ¿ Es, ó no es, cierto lo que digo? añadió sonriendo. ¡ Cuántas hay que se abandonarían á un deseo instantáneo, á un capricho brusco y violento de una hora, á una fantasía de amor si no temiesen pagar con irremediable escándalo y con lágrimas dolorosas un placer leve y pasajero!

Duroy hablaba con una convicción contagiosa, como si defendiese una causa, su propia causa y cual si quisiera decir :

— Conmigo, esos temores no tendrían razón de ser. Ensayadlo y veréis.

Las dos mujeres le contemplaban aprobando sus palabras con la vista, encontrando que hablaba bien y discurría con exactitud, confesando en una palabra, con su silencio amigo, que su moral inflexible de parisienses no resistiría mucho tiempo ante la certeza de que el secreto no sería violado.

Casi acostado en el canapé, con una pierna replegada bajo su cuerpo y la servilleta extendida sobre el chaleco á fin de no manchar el frac, Forestier exclamó con sonrisa de escéptico convencido :

— ¡ Canastos con las mujeres! Vaya si se regalarían

como estuviesen seguras del silencio. ¡ Pobres maridos !
Y se abordó el tema del amor.

Sin admitirlo á perpetuidad, Duroy se lo explicaba duradero, creando un vínculo, una amistad tierna, una confianza. La unión de los sentidos era únicamente un sello con que se afirmaba la unión de los corazones. Pero se indignaba de los celos importunos y de los dramas, de los escándalos y escenas desagradables que casi siempre acompañan á las rupturas.

Cuando Duroy dejó de hablar, agregó Madama de Marelle suspirando :

— Efectivamente, es la sola cosa buena que la vida ofrece y nosotras la echamos á perder con exigencias imposibles.

La señora de Forestier, que entretanto jugaba con un cuchillo, añadió por su parte :

— ¡ Oh, sí ! qué bueno es ser amada.....

Y al hablar así parecía como si llevara más lejos su ensueño, como si pensara en cosas que absolutamente no se atrevía á decir.

Como el primer plato fuerte tardaba en llegar, todos bebían de cuando en cuando un sorbo de champagne y pellizcaban de los redondos panecillos la corteza más cocida.

En todos ellos iba entrando lenta é invasora la idea del amor y embriagaba poco á poco su alma, del mismo modo que el claro vino al caer gota á gota en su garganta les caldeaba la sangre y perturbaba el espíritu.

Al fin se presentó el camarero con unas chuletas de cordero, tiernas, ligeras, acostadas sobre espeso y menudo lecho de puntas de espárragos.

— ¡ Soberbia cosa lo que nos traen ! dijo al verlas Forestier.

Todos comían despacio saboreando la fina carne y la untuosa hortaliza, lo mismo que si fuese una crema.

— Lo que es yo, prosiguió Duroy, cuando amo á una mujer, todo desaparece para mí del mundo, menos ella.

El joven decía esto con un acento de convicción verdadera, y en el bienestar perfecto con que entonces gustaba el placer de la mesa, se exaltaba soñando con los del amor.

— Nada puede compararse, murmuró M^{me} Forestier siempre con aquel aire que imponía respeto, ni hay dicha que iguale al primer apretón de manos cuando la una pregunta ¿ me ama usted ? y responde la otra « sí, te amo ».

— Pues yo, por mi parte, declaro que soy menos platónica, dijo alegremente la señora de Marelle, dejando sobre la mesa una nueva copa de champagne que acababa de vaciar de un trago.

Todos se echaron á reir celebrando la ocurrencia en tanto que mostraban en la mirada la excitación producida por la frase.

Forestier se tendió completamente sobre el canapé, apoyó los brazos abiertos sobre los cojines y, dirigiéndose á M^{me} de Marelle, declaró seriamente :

— La franqueza con que Vd. se expresa la honra y demuestra que es Vd. una mujer práctica. Pero ¿ podríamos saber qué opinión tiene Mr. de Marelle acerca del particular ?

La joven entonces se encogió de hombros, pero de un modo lento, como para expresar un desdén infinito, prolongado, y después respondió con voz clara y neta :

— El señor de Marelle no tiene opinión en esta materia. Sólo tiene... abstenciones.

Y la conversación descendió de las altas teorías acerca de la ternura para entrar en el jardín florido de las tunanterías distinguidas.

Este fué el momento de los sobreentendidos hábiles y de los velos descorridos con una simple frase, lo mismo que se levantan las enaguas; el momento de los artificios de lenguaje, de las audacias hábiles y disfrazadas, de todas las hipocresías impúdicas, de la frase que muestra las imágenes desnudas con expresiones vestidas, que hace pasar por delante de la retina y del espíritu la visión rápida de todo aquello que no puede decirse y permite á las personas del gran mundo una especie de amor sutil y misterioso, una especie de contacto impuro de los pensamientos por la evocación simultánea, perturbadora, sensual como un abrazo, de todas las cosas secretas, vergonzosas y deseadas del acto carnal.

El camarero había servido el asado, y en un mismo plato, perdices y codornices; á este plato siguió otro con guisantes y por último una cazoleta de hígados de pato juntamente con una gran ensalada de hojas dentelladas que llenaban como de verde musgo la ensaladera de forma de palangana.

De todas estas cosas habían comido sin saborearlas, sin darse cuenta, preocupados únicamente de lo que decían, sumergidos en un baño de amor.

Las mujeres, especialmente, lanzaban frases atrevidas: M^{me} de Marelle con una audacia natural que parecía una provocación; M^{me} Forestier con una reserva encantadora, y un pudor en el tono, en la voz, en la sonrisa, en todas sus maneras, que teniendo el aire de atenuarlas, daba mayor relieve á las frases salidas de su boca.

Forestier reía á más y mejor, echado boea abajo

sobre los cojines, y bebía y comía sin cesar; y alguna vez pronunciaba una palabra de tal modo atrevida ó eruda que las mujeres un poco alarmadas de la forma y en obsequio á la forma, tomaban un ligero aire de incomodidad que duraba dos ó tres segundos.

Pero él no se arredraba por eso, por el contrario, á continuación de alguna tunantada de bulto solía decir:

— La cosa no va mal, hijos míos; como sigáis así vais á concluir por hacer alguna tontería.

Llegaron los postres, luego el café, y los licores derramaron en los espíritus ya excitados un desorden mayor, más cálido y más pesado.

Tal como lo había prometido al sentarse á la mesa, M^{me} de Marelle se encontraba en verdadero estado de embriaguez; ella misma lo reconocía con una gracia alegre y habladora de mujer que se propusiera acentuar la borrachera real que sentía para divertir á sus invitados.

La señora de Forestier estaba ahora silenciosa, acaso por prudencia, y Duroy, que se sentía demasiado en peligro de comprometerse, guardaba una reserva hábil.

Apenas se encendieron los cigarrillos, Forestier se puso á toser. El acceso fué tan terrible, que le desgarraba la garganta; la faz se le volvió amarillada, se le inundó de sudor la frente y parecía como si en uno de los golpes de tos hubiera de quedar ahogado. Así que la crisis se calmó un tanto, refunfuñó Forestier con tono furioso:

— Estas fiestas maldito lo que me convienen. Es estúpido que yo tome parte.

Todo su buen humor había desaparecido ante el terror que le inspiraba el mal que sufría.

— Vámonos á casa, dijo.

M^{me} de Marelle tocó al timbre y pidió la cuenta al camarero. Cuando éste se presentó con ella que fué inmediatamente, la señora intentó leerla, pero como los guarismos daban vueltas ante sus ojos, le pasó el papel á Duroy :

— Tenga Vd., pague por mí, porque yo no veo; estoy demasiado chispa.

Y le arrojó al mismo tiempo su portamonedas en las manos.

El total ascendía á ciento treinta francos. Duroy examinó y comprobó la cuenta, dió al camarero dos billetes y se hizo cargo de la vuelta, preguntando á media voz :

— ¿Cuánto se le da al mozo?

— Lo que Vd. quiera, yo no sé.

Duroy dejó cinco francos en el plato y devolvió á la señora su bolsillo diciéndola al mismo tiempo :

— ¿Quiere Vd. que yo la acompañe hasta su casa?

— ¡Qué duda cabe! Me encuentro incapaz de dar con ella esta noche.

Después de estrechar la mano á los Forestier, Duroy y M^{me} de Marelle se encontraron solos en un coche.

Duroy la sentía cerca de sí, encerrada con él en aquella caja negra que bruscamente y por un instante iluminaban los mecheros de gas de las aceras; sentía á través de su manga el calor de su hombro, y sin embargo no encontraba nada, absolutamente nada que decirla, paralizado como tenía el espíritu por el deseo imperioso de cogerla entre los brazos.

« Si yo me atreviese, ¿qué haría ella? » pensaba entretanto. Y el recuerdo de todas las picardías cuchicheadas durante la comida le enardecía, pero le retenía al mismo tiempo el miedo al escándalo.

La joven no respiraba, inmóvil, hundida en el rincón del coche, hasta el punto de que él la hubiera creído dormida, si cada vez que un rayo de luz penetraba en el interior del coche no hubiese visto el brillo de sus ojos.



« ¿En qué pensaba ella? » Bien comprendía Duroy que era necesario no decir una palabra, ni una sola palabra que, rompiendo el silencio, pudiese destruir las probabilidades; pero le faltaba la audacia, la audacia de la acción brusca y brutal.

De pronto sintió que su pie se movía. Ella se había movido con un movimiento seco, nervioso, de impaciencia, tal vez de supremo deseo, y aquel movi-

miento, casi imperceptible, produjo en Duroy un gran estremecimiento de los pies á la cabeza, y volviéndose prontamente se arrojó sobre ella, buscando la boca con sus labios y las desnudas carnes con sus manos.

La señora lanzó un grito, un grito ligero, quiso levantarse, defenderse, rechazarle; después cedió como si la fuerza le faltase para resistir más tiempo.

Pero como el coche se detenía á los pocos momentos delante de la casa habitada por ella, Duroy, sorprendido, no tuvo tiempo de buscar frases apasionadas con que expresarle su amor reconocido y bendecirla. Sin embargo, ella no se levantaba, ni se removía siquiera aturdida por lo que acababa de pasar, y temeroso Duroy de que en el ánimo del cochero surgiesen dudas, se bajó el primero para dar la mano á la señora, la cual salió del coche tambaleándose y sin pronunciar una palabra. Duroy llamó á la puerta y en el momento en que ésta se abría, preguntó temblando:

— ¿Cuándo volveré á ver á Vd.?

En voz muy baja, tan baja que apenas si Duroy oyó lo que le decía, respondió la joven:

— Venga Vd. á almorzar mañana conmigo.

Y desapareció en la sombra del vestíbulo rechazando la pesada hoja de la puerta que sonó como un cañonazo.

Duroy dió cinco francos al cochero y, radiante el corazón de alegría, comenzó á caminar con paso rápido y triunfante.

¡Al fin tenía una! ¡una mujer casada! ¡del mundo elegante, del verdadero mundo, del mundo parisiense! ¡Y qué fácil é inesperado había sido aquel triunfo!

Hasta entonces se había imaginado que para abordar y conquistar una de esas criaturas tan deseadas, eran

precisos cuidados infinitos, esperas interminables, un sitio en toda regla formado por galanterías y frases de amor, por suspiros y regalos.

Y he aquí que de un golpe, al menor ataque, la primera con la que había tropezado, se le rendía y de modo tan fácil que él estaba estupefacto.

« Acaso porque estaba chispa, pensaba; mañana será otra cosa y me responderá con lágrimas. » Esta idea le inquietó un instante, pero en seguida se dijo: « Poco me importa, ahora que la tengo, sabré bien guardarla. »

Y en el confuso espejismo en que se revolvían sus esperanzas, esperanzas de grandeza, de triunfos, de renombre, de fortuna y de amor, vislumbró de repente y parecida á esas guirnaldas de figurantas que se desenrollan en el cielo de las apoteosis, una procesión de mujeres elegantes, ricas, poderosas que pasaban sonriendo para desaparecer una tras otra en el fondo de la dorada nebulosa de sus ensueños.

Cuando tras una noche pasada entre visiones las más agradables, subía al día siguiente la escalera de M^{me} de Marelle, una cierta emoción embargaba el ánimo de Duroy. ¿Cómo le recibiría? Es más; ¿querría recibirle? ¿No habría dado orden de que le negasen la entrada? ¡Si ella refiriese!... Pero no, ella no podía decir nada sin dejar adivinar todo lo que había pasado. Por lo tanto, él era dueño de la situación.

La misma criadita de la otra vez abrió la puerta y como su semblante no ofrecía nada de extraño, Duroy se tranquilizó como si hubiese esperado que la doméstica le mostrase un semblante alterado.

— ¿La señora está bien? preguntó.

— Sí, señor, como siempre; respondió la joven.

Y le introdujo en el salón. Duroy se fué derecho á la

chimenea para ver en el espejo si estaba peinado y mientras contemplaba el aspecto de su traje y se ajustaba la corbata, vió en el espejo mismo á la joven que de pie y en el umbral de la habitación le estaba mirando.

Él hizo como si no la viera y en el fondo del espejo se contemplaron algunos segundos, observándose, espíandose el uno al otro antes de encontrarse cara á cara, hasta que al fin él se volvió y al verla inmóvil, como si esperase aquel momento, Duroy se lanzó hacia ella balbuceando :

— ¡Cómo la amo! ¡Cómo la amo!

La joven abrió los brazos y apoyó la cabeza en el pecho de Duroy; un instante después levantó la vista hacia él y ambos se besaron largo tiempo.

« Esto es más fácil de lo que yo hubiera creído, » dijo él para sí, y así que sus labios dejaron de besarse, la contempló sonriente, sin decir una palabra y cuidando de imprimir á su mirada una expresión de amor infinito.

También ella sonreía con esa sonrisa que las mujeres tienen para ofrecer su deseo, su consentimiento, su voluntad de entregarse, y en seguida murmuró :

— Estamos solos, he enviado á Laurina á almorzar con una amiguita.

Duroy suspiró una frase de amor mientras la besaba las muñecas :

— Gracias, la dijo, la adoro á Vd.

La joven le tomó del brazo, como si fuese su marido, y le llevó hasta el canapé en donde se sentaron juntos.

Duroy buscaba un comienzo de conversación hábil y discreto para interesarla, pero viendo que no le venía á las mientes balbuceó :

— ¿No me guarda Vd. rencor? ¿Verdad?

Ella le puso una mano en la boca.

— ¡Cállate!

Un instante permanecieron silenciosos, confundida la mirada del uno con la del otro y entrelazados y abrasando los dedos de ambos.

— ¡Cómo la deseaba! dijo Duroy.

— ¡Cállate! volvió á decir ella.

Oíase á la criada remover los platos en el comedor, separado del salón por un tabique.

— No quiero permanecer tan cerca, dijo Duroy levantándose. Perdería la cabeza.

La puerta se abrió y apareció la criada :

— Señora, la mesa está puesta.

Duroy ofreció el brazo á la señora, y la acompañó gravemente hasta el comedor.

Sentados uno enfrente de otro, no dejaron de mirarse y sonreirse todo el tiempo del almuerzo, ocupados únicamente de sí y envueltos por el suave encanto de una ternura que comienza. Comían, comían, pero sin darse cuenta. Duroy sintió un pie, un piecico que vagaba errante por debajo de la mesa y le aprisionó entre los suyos guardándole y estrechándole con toda su fuerza.

La criada, entretanto, iba y venía, llevaba ó recogía los platos con aire negligente sin parecer que notase la menor cosa.

Una vez concluido el almuerzo, volvieron al salón y ocuparon en el canapé su asiento de antes uno al lado del otro.

Poco á poco Duroy se estrechaba contra ella ensayando abrazarla. Pero ella le rechazaba con calma :

— Tenga Vd. cuidado, que pueden entrar.

— ¿Cuándo, murmuró él, podré verla á solas para decirle lo mucho que la amo?

La joven se inclinó hacia él y casi al oído le dijo en voz baja :

— Yo iré á visitarle á su casa uno de estos días.

Duroy se sintió enrojecer de vergüenza :

— ¡Oh! es que... mi casa... es muy modesta.

— Eso qué importa, respondió ella sonriendo. Yo voy á verle á Vd., no su casa.

Él la instó á que dijera cuándo iría, y como la joven fijase un día lejano de la semana siguiente, Duroy la suplicó que adelantase el momento, manoseándola y oprimiéndola las manos, descompuesto ya el semblante, febril, ardiendo de deseo, de ese deseo impetuoso que sigue á toda comida hecha en compañía de una mujer á quien se galantea.

Ella se complacía en verle implorar con tanto ardor y poco á poco iba cediendo un día, pero él repetía :

— Mañana, dígame Vd. que mañana.

— Bueno, consintió ella al fin. Mañana á las cinco.

Duroy dió un suspiro prolongado de alegría y á partir de este momento hablaron casi tranquilamente y con cierto aire de intimidad como si se hubiesen conocido desde veinte años antes.

En aquel momento sonó el timbre de la puerta y movidos por igual estremecimiento ambos se separaron á distancia conveniente en el canapé.

— Debe de ser Laurina, murmuró ella.

La niña apareció, en efecto, quedándose como cohibida al principio, pero así que vió á Duroy se precipitó hacia él batiendo las manos y transportada de gozo gritó :

— ¡Oh! ¡el Buen Mozo!

M^{me} de Marelle se echó á reir.

— ¡Calla! Laurina le ha bautizado á Vd. ¡Buen Mozo! Un bonito nombre de amistad para designar á Vd. Yo también le llamaré así.

Duroy había tomado sobre sus rodillas á la niña y tuvo que jugar con ella á todos los juegos que la había enseñado.

Á las tres menos veinte se levantó para irse á la redacción, y cuando se despedía en la escalera, por la puerta entreabierta, aún repitió en voz muy baja, sin mover apenas los labios :

— Mañana á las cinco.

— Sí, respondió la joven sonriendo, y desapareció.

En seguida que concluyó su trabajo de periodista, Duroy pensó en la manera como arreglaría su habitación para recibir dignamente á su querida y disimular en lo posible la pobreza del local. Se le ocurrió desde luego la idea de clavar en las paredes algunos menudos objetos de arte japonés y por cinco francos compró toda una colección de crespones, de pequeños abanicos y pantallas, con lo cual cubrió las manchas, demasiado visibles del papel. Aplicó á los cristales de la ventana imágenes transparentes que representaban barquichuelos flotando sobre los ríos, vuelos de pájaros á través de cielos encarnados, damas multicolores que se ostentaban á los balcones y procesiones de hombrecillos negros en planicies cubiertas de nieve.

Su cuarto, que justamente tenía las dimensiones necesarias para poder dormir y sentarse, tomó en seguida el aspecto de un interior de linterna, hecha con papel pintado. Duroy juzgó que el efecto era ya suficiente y pasó algunas horas de la noche ocupado en

pegar en el techo pájaros recortados de algunos pliegos de papel japonés que le quedaban.

Después se acostó como siempre arrullado por el silbido de las locomotoras.

Al siguiente día cuidó de entrar á hora conveniente en su casa no sin haber comprado en la tienda de comestibles inmediata un

paquete de pastas y una botella de Madera, pero tuvo todavía que salir para procurarse dos platos y dos vasos, con todo lo cual dispuso la pequeña colación sobre su mesalavabo, cuya sucia madera cubrió previamente con una servilleta después de haber disimulado bajo el modesto mueble la palangana y el jarrón del agua.

Duroy no tenía ya sino esperar á la señora, la cual llegó hacia las cinco y cuarto. Apenas entró se manifestó agradablemente sorprendida por lo churrigueresco de aquellos dibujos y

gritó:

— ¡Vaya si tiene Vd. la casa bonita! Pero cuánta gente hay en la escalera....

Él la había ya tomado en sus brazos y con verdader



transporte la besaba los cabellos por entre la frente y el sombrero, á través del velo.

Hora y media después Duroy la acompañó hasta la parada de coches de la calle de Roma, y cuando la vió instalada dentro de uno, la dijo en voz baja:

— El martes á la misma hora.

— Á la misma hora el martes, dijo ella. Y como la noche comenzaba á cerrar, acercó á sí la cabeza del joven y le besó en los labios. Luego, y así que el cochero castigó al caballo para que arrancase, gritó:

— Adiós, Buen Mozo, y el viejo cupé partió al paso fatigado del caballo blanco que tiraba.

Duroy siguió recibiendo así, por espacio de tres semanas, á M^{me} de Marelle, que le visitaba cada dos ó tres días ya por la mañana, ya por la tarde. Una de éstas en que la esperaba, Duroy sintió un gran ruido en la escalera y se puso á escuchar. Un chiquillo daba alaridos mientras una voz furiosa de hombre preguntaba:

— ¿Pero qué es lo que quiere este marica todavía?

La voz chillona y desesperada de una mujer respondió:

— ¿Qué ha de ser? Que esa cochina cocota, que viene á ver al periodista del sotabanco, ha derribado á Nicolás en el descansillo de la escalera. Como si hubiera que consentir á esas carcomas que no tengan siquiera cuidado con los niños en las escaleras.

Duroy retrocedió desatinado, pues al mismo tiempo, percibía un rápido crujido de faldas y un paso precipitado que trepaba ya hacia el piso, que precedía al suyo.

Bien pronto llamaron á su puerta que él acababa de cerrar.